

Antonio Nariño

Por Juan Lozano y Lozano

Por fuerza mental, o poder de adivinación, o iluminación interior, es grande como ninguno, entre los hombres grandes de nuestra historia, aquél que en medio de la noche colonial, tejida por trescientos años de despotismo, soñó, primero entre todos los de su sociedad y de su tiempo, el triple sueño de la nacionalidad, de la libertad y de la democracia. Era, pues, posible, lo que nadie hubiera imaginado que lo fuera! Ciento cincuenta años de historia autónoma, son contraprueba inconcusa de que era posible la emancipación ibero americana. La emancipación fue el resultado de una guerra inverosimilmente heroica de mesnadas desnudas y semi-inermes contra ejércitos poderosos y gloriosos; y esa guerra fue posible y en ella los rebeldes obtuvieron victoria indefinidamente perdurable. La rebelión, a su turno, fue el resultado de la propagación de un inconcebible credo nuevo, en medio de poblaciones ignorantes, rutinarias y prodigiosamente dispersas en territorios ilimitados. Y la propagación y fructificación del germen ideal fue posible, en medio de la abismal oscuridad de la conciencia colectiva.

Tenía la razón Antonio Nariño al captar y difundir ciertas ideas y al buscar de abrirles paso contra viento y marea; tanta razón tenía, que nuestra república ha cumplido ya siglo y medio de haber sustituido al virreinato de la Nueva Granada; y que por ello nos sentimos transportados de júbilo patriótico todos los ciudadanos; y que por ello recordamos siempre, con emoción inenarrable, a los creadores de la revolución de independencia y a su precursor, Antonio Nariño. El buen éxito de Nariño en la historia, es de los más integrales y vistosos. Pero no lo fue así en vida suya. Para sus contemporáneos, según testimonio general que transcriben los historiadores y compiladores, Nariño fue el hombre que, en la expresión diciente de los italianos "non conclude niente"; que no sale con nada. Lo que más hondamente sacude el ánimo al considerar la carrera atormentada de este hombre de venio, no es pro-

NOTA: Al cumplirse el segundo centenario desde el nacimiento de Nariño, esta Revista rinde renovado tributo a la memoria del Precursor y se honra en reproducir este estudio, de uno de nuestros colaboradores más ilustres.

piamente el dolor excepcional de su peripecia: lustros y lustros de cadenas, que le produjeron insanables úlceras sin cuento; ruina total de su cuantioso patrimonio y sometimiento a trato social de vagabundo o de mendigo; abandono de sus más caros afectos; deshonor oficialmente protocolizada. Sino la depresiva y semi-cómica soledad de su genio. A él se le consideró por sus contemporáneos como a una suerte de loco, de descéntrado y descalificado; ser dotado sí de buenas cualidades, pero inservible para propósitos serios y coherentes de la vida, y condenado al fracaso de todas sus empresas; tipo clásico del desperdiciado y del frustrado.

Empleado de manejo alcanzado en sus cuentas; especulador comercial que persigue millones y se arruina en miles; amigo que resulta no merecer la confianza de sus confidentes; conspirador sorprendido; ideólogo que se retracta; gobernante que provoca revoluciones; general que pierde la última batalla; patricio y repúblico que, cercano ya de la muerte, es irrespetado y ultrajado por los mozalbetes de la política. Sus amigos y compañeros entrañables de la juventud dorada de Santa Fe, todos muy ricos, cuando presumen que Nariño puede tornarles efectiva la fianza que le han dado, por camaradería, para ocupar un puesto de tesorero, se refieren a él con mezquindad y desconfianza ultrajantes, en memorial ante los jueces: "... Se ruge ya que lo hay (descubierto), y en considerable cantidad de miles, con cuyas noticias debemos nosotros atender a que el lasta que hayamos de soportar sea menos excesivo. A este fin hemos acordado ocurrir a V. E. y suplicarle rendidamente que, usando de su acostumbrada justificación, se digne dar providencia para que se nos entreguen los bienes, intereses y papeles de Don Antonio Nariño relativos a ellos, haciendo que éste, para nuestra mejor inteligencia, forme un estado de su giro y dependencias...". Los amigos del círculo íntimo de Nariño, querían mostrarse ante la autoridad lo más sentimentalmente desconectados que les fuera posible del delincuente político, y ello es humano. (El alcance se debía a intempestiva prisión por delito de prensa, que le impidió recoger sus acreencias y arreglar sus cuentas). Pero entre líneas de este despectivo documento, se alcanzan a leer el poco aprecio que les merecían el buen juicio y la solidez moral del íntimo amigo; y la poca fe que abrigaban en su justificación, vindicación o rehabilitación.

El 20 de julio de 1810 encuentra a Antonio Nariño, preso como de costumbre, ahora después de cuatro años, y cargado de cadenas y de llagas, en inmundo mazmorra de las bóvedas de Bocachica, en donde desagua el caño de los otros calabozos. Era de esperar que el primer movimiento del pueblo fuera dirigirse a la prisión para sacar en triunfo al mártir; y así se hizo con algunos de los entonces encarcelados, como en Santafé, el canónigo Rosillo. De Nariño no se acordó nadie. El tuvo que elevar un memorial de solicitud de libertad, ante las autoridades revolucionarias; y solo tres o cuatro meses después fue liberado, después de habersele exigido fianza. Nueve años más tarde, la batalla de Boyacá lo encuentra prisionero de las autoridades españolas, y también como de costumbre, cargado de cadenas, y llagado, en otra celda mortífera de la cárcel de Cádiz; esta vez el hospedaje ha durado cerca de cinco años.

Nada qué hacer. Esta es una cárcel española situada en España. Solo un año después, la revolución de Riego refluye incidentalmente en la libertad de Nariño. Cuando, después de todo este calvario, regresa a su patria, y es nombrado vicepresidente y en ejercicio de la magistratura instala el Congreso del Rosario de Cúcuta, el poder dura breves días en sus manos. Puesto en desacuerdo con los congresistas y maltratado por ellos, se ve obligado a renunciar y sigue a Bogotá. Y en Bogotá, su ciudad materna, cuyos destinos presidió en un tiempo y cuyas puertas defendió victoriosamente contra el asedio, en Bogotá, a nadie interesa su llegada. Por ese tiempo el general Santander, quien ejerce la Primera Magistratura, encuentra que es motivo de contra-tiempo y sinsabor y tedio para el gobierno, tener qué hacer con ciudadano tan incómodo, y así le escribe incidentalmente a Bolívar: "Este es un hombre peligroso en todas circunstancias y amigo de contradecir todo".

La iluminación interior, el espíritu visionario, la capacidad de influir sobre el tiempo, hacen de Nariño hombre intelectualmente grande; y el don profético le bastaría, por sí solo, para situarlo en el primer plano de la excelencia humana. Pero la intuición, la adivinación, el genio, solo constituyen parte, y no la mayor, de aquella personalidad extraordinaria. Nariño se impone a nuestra aspiración y a nuestro pasmo principalmente por su fuerza moral. Intuír, adivinar, crear en la imaginación, no fueron en Nariño divagaciones literarias ni ensayos de laboratorio; sino que en ese ejercicio intelectual comprometió, con abnegación sin par, ardor sin alivio, dolor sin medida, la totalidad de su existencia. Este hombre tuvo una capacidad, a la de nadie de la historia o de la leyenda, parecida, para reincidir en el martirio. Puede pensarse en lo que son seis meses, dos años, de vivir vida de bestia, en la oscuridad profunda, en medio del fango, comiendo lavazas inmundas, sin noticia alguna del mundo exterior, y mucho menos de los seres amados y desamparados; y ello a tiempo que siete varas de pesada cadena atan tobillo y muñeca en carne viva, a una bola de hierro casi inamovible?

Nariño, poseedor de la más varia y firme cultura de la sociedad de su tiempo, y hombre nacido y criado en la opulencia y la elegancia y los agrados del mundo, vivió perseguido o cautivo durante la mitad de su vida de adulto; durante un tercio de su entera vida. Era licenciado de una prisión de meses, o se fugaba de ella con audacia y zozobra inenarrables, y se comprometía en seguida en actos que le acarrearán encierro de dos años; libertado, reincidía para cuatro años de acrecidos padecimientos; otra vez en la calle, reincidía para seis años de rigor progresivo. Desde cuando fue procesado y exilado a cárcel española por la traducción clandestina de los Derechos del Hombre, los hechos ilustres de su vida: presidir por dos veces la nación; luchar y ganar una guerra civil; iniciar gloriosamente la campaña guerrera de la Independencia, recorriendo el país desde Bogotá a Pasto, hasta caer vencido y perdido, a dos pasos de la victoria; imponer en una convención la separación absoluta de España; ejercer con brillo fulgu-

rante el periodismo de combate; redactar esquemas completos para la estructura del Estado; recorrer en dos ocasiones los países europeos, tocando de puerta en puerta a los poderosos de la política, en busca de auxilio para la libertad de América; hacer lo propio por las breñas de su patria; todo ello y mucho más lo hizo Nariño en breves y esporádicos asuetos de cadenas. La última vez que habló en el Congreso, no podía tenerse en pie, refieren los cronistas, por el dolor en los miembros lacerados e hinchados; y así, afiebrado, envejecido, tambaleante, dolorido hasta la muerte, pronunció una de las más grandes oraciones que hayan quemado los labios de los tribunos de la historia.

Todo lo que había que escudriñar y escribir sobre la vida de Nariño se ha escudriñado y escrito por los más altos historiadores de Colombia. Su biografía concienzuda, enfocada con temperamento diverso y sobre ángulos diversos, la han tejido con amor, con verdad y con arte, Vergara y Vergara, Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada, Soledad Acosta de Samper, Raimundo Rivas, Jorge Ricardo Vejarano; y más recientemente, Alberto Miramón, Carlos Restrepo Canal, Guillermo Hernández de Alba, Manuel José Forero. Los documentos relativos a Nariño y sus propios escritos han sido varias veces recopilados y editados. Monografías innumerables, publicadas en revistas, ilustran episodios de la vida del Precursor, aristas de su carácter, escenas de su tiempo. Y no ya como investigación sino como ensayo, apreciación o elogio, varios de los más insignes discursos de los más célebres intelectuales de Colombia, están consagrados a la memoria de Nariño y constituyen páginas inmortales de nuestra literatura. Así Rafael María Carrasquilla, así Hernando Holguín y Caro, así Carlos Arturo Torres.

No parece que existan ya datos inéditos sobre la vida de Nariño; ni es la investigación de las fuentes históricas, disciplina del autor de estas líneas. Pero para localizar, ante los extranjeros que puedan leerlas, una apreciación modestamente personal de aquella tremenda personalidad, es bueno resumir los datos principales de la vida del prócer.

Nació en 1765 de hogar de los más salientes por posición, gustos y bienes, de la sociedad colonial santafereña. A más de ser alto funcionario oficial, su padre era hombre de lecturas y señor del gran mundo, y habitaba casa tan grande y tan de buen aspecto, que siglo y medio más tarde fue adaptada, sin refacciones estructurales, para Palacio de los Presidentes de Colombia. Nariño, por su parte, joven recién casado, cuando tradujo los Derechos del Hombre, habitaba otro caserón de los más vastos y suntuosos de entonces. El inventario de los bienes confiscados a Nariño durante el proceso por sedición, se conserva; es muy extenso y minucioso, y da la idea de su carácter y costumbres. En decenas de páginas se enumeran los muebles y adornos de las veintiocho piezas de la residencia. Arañas, tapetes, cornucopias, espejos, cuadros, cortinas, mobiliarios, platería, adornos de mesa; todo ello es de suntuosidad sorprendente en el modesto ambiente de la colonia. Y allí aparece enumerada, título por título, una bibliotaea tan vasta, tan va-

ria, tan selecta y tan atrevida, como hoy no la equivalen varias de las mejores librerías privadas de Colombia. Medicina, agricultura, derecho, literatura, ciencias naturales; y, dominándolo todo, el pensamiento filosófico francés en la segunda mitad del siglo XVIII. En plena libertad y con todas las facilidades, no están más al tanto del existencialismo nuestros intelectuales de hoy, que lo estaba Nariño de Rousseau, de Voltaire, de Montesquieu, del Barón de Holbach. Ello, pasando por cuatro meses de travesía y por la aduana estatal, a la salida y a la entrada.

Todos los haberes de Nariño, relativamente cuantiosos para su sociedad y su época, estaban invertidos en los bienes materialmente improductivos de casa, muebles y libros, atavíos. He aquí algunas piezas de vestir del armario del dueño de casa: "... Item, casaca y calzón de paño blanco, bordado de oro, y chupa de raso liso, blanco, bordado de oro; item, casaca y calzón de terciopelo azul, de vivo forrado en raso liso, blanco, y chupa de lama de plata, bordada de oro; item, un vestido entero de terciopelo, buche de paloma, forrado en raso liso verde...". Para sostenerse en posición de tal boato, sin bienes que den renta, Nariño se lanza a la especulación en grande, en negocio de azúcares y quinas. Y prestancia personal e influencia de familia le procuran un alto empleo virreinal: la administración y remate de una de las rentas principales. Al mismo tiempo, da a la alta vida social en que se mueve, carácter de salón intelectual, y allí se leen y discuten las novedades últimas de la ciencia, el arte, la política europeos.

Era Nariño en su juventud el prototipo del "cachaco" bogotano, refinado, generoso, espiritual, elegante, valeroso. Un siglo más tarde vivía en el mismo estilo y llegaba a situación de angustia económica, otro cachaco bogotano José Asunción Silva. Ambos amaban las costumbres más rancias y las ideas más audaces. Nariño importaba libros sobre los más diversos problemas del espíritu y de la sociedad; los devoraba y los incorporaba a su vida. Debíó de ser grandioso, dentro de su intimidad espiritual, el hallazgo de la declaración de la Constituyente francesa sobre Derechos del Hombre. He aquí un grande espíritu en potencia, que se encuentra con la situación decisiva de su vida. En una sociedad colonial caracterizada por el despotismo, la inquisición y la encomienda; en una sociedad esclavista, en donde el individuo carecía de entidad distinta; en una sociedad así, encontrarse de buenas a primeras un hombre, con el descubrimiento del hombre. Del hombre separado de la recua; del ser que siente, que piensa, que sufre, que sueña, que busca al través de la bruma de los hechos, la explicación de su destino. Del hombre criatura de Dios, anterior a toda ordenación social y solo objeto de todas ellas, que por ser emanación de la divinidad, tiene dignidad trascendente e independiente de su posición y conducta en la vida. Del hombre, cuyo primer derecho en cualquier ordenamiento jurídico, tiene que ser el derecho de ser hombre.

El deber y el derecho son los polos positivo y negativo de la vida moral. Entre truenos y relámpagos, en una noche trágica, Moisés tuvo la revelación de la carta de los deberes del hombre. Entre truenos

y relámpagos, los hombres de la Convención y la Revolución revelaron la carta de los derechos del hombre. Nariño, ante aquel documento, debió sentir el arrobamiento de grandeza inmensurable de Balboa, al encontrarse con el mar Pacífico, según Keats lo presenta en soneto igualmente inmensurable. Lo cierto, con relación a nuestra historia colombiana, es que la sola aspiración permanente y común de la nacionalidad ha sido rodear al individuo de una órbita intraspasable de derechos congénitos; y que todo fracaso y todo retroceso y todo dolor nacionales, se han originado en la tentativa de predominio del Estado sobre el hombre.

El elegante y refinado Nariño, al traducir clandestinamente los Derechos del Hombre, y al editarlos en su imprenta, y al ser procesado y confiscado y exilado y aherrojado por el ardor que puso en ello, debió sentirse herido por la piedra que abrió a horizontes de apostolado y heroísmo la cabeza sangrante de Cornelio Alálide. Desde entonces su vida fue un solo empeño, un solo ardor, un solo dolor interminables. Se le declara reo de alta traición y se le condena a diez años de presidio en Cádiz y a la confiscación total de los bienes. Logra escapar a la llegada, y se va por cortes, gobiernos, ministerios, a demandar ayuda para la liberación de América; y el constituyente Tallien y el primer ministro Pitt, oyen su arenga y se muestran interesados, pero no hacen nada. Regresa Nariño a la patria, disfrazado, y trata en vano de establecer focos de insurgencia en la provincia. Denunciado, concibe la idea de negociar su libertad con el Virrey Mendinueta, con una confesión mañosa. Pero ello no le vale. Tanto menos le vale, cuanto presenta a la justicia oficial, nuevos motivos de sospecha. Es encarcelado de nuevo y enviado a la costa. Se fuga y es aprehendido y llevado a las bóvedas de la muralla de Cartagena, más crueles que las del castillo de Iff.

Libre después de la revolución del 20 de julio, toma parte activa en la política como periodista, en su famosa "Bagatela". Derriba al gobierno vacilante e imprevisor y es elegido Presidente en su reemplazo. Pero surge una lucha bizantina sobre maneras constitucionales de gobierno, que se traduce en la primera de nuestras guerras civiles, a tres años no más del grito de independencia y con los españoles enardecidos marchando de nuevo a la reconquista. Nariño revela su capacidad de hombre de Estado al imponer una situación decisiva frente a España, con la declaración de la independencia absoluta; su capacidad de ideólogo al defender las tesis abstractas del centralismo, que al fin vino a imponerse a fines del siglo, como ordenación permanente de la república; su capacidad de guerrero, al vencer a los revolucionarios; sus dotes de político, al enjugar las heridas de la contienda y obtener apoyo o por lo menos neutralidad de los patriotas adversos, en lucha que iba a emprender contra los españoles amenazantes. Hace una campaña victoriosa; con soldados y elementos improvisados atraviesa de victoria en victoria más de media república; pero la víspera de entrar a Pasto victorioso, después de haber ganado la batalla decisiva, lo desertan inexplicablemente sus tropas. Y es así como al cabo de unos días se presenta desgarrado, hambriento, miserable, ante el enemigo Aymereich, con el objeto de que la pequeña tropa restante se ponga a salvo, mientras él distrae la atención con su sacrificio.

Encarcelado en medio de una población fanática y furibunda que pide tumultuaria y constantemente su cabeza, por tres veces la orden de fusilamiento contra él dictada, no se cumple por motivos accidentales. Es conducido en barco de vela a Lima; de allí por el Cabo de Hornos a La Habana; de allí de nuevo a la cárcel de Cádiz. Los sufrimientos de Nariño son indecibles, por los pesados grillos que lo atormentan en aquella embarcación que a todo momento parece que zozobra y en donde falta todo. Todas las cárceles del itinerario alojan al proscrito. En Cádiz dura cuatro años encadenado; por todo son seis años de este último cautiverio. Finalmente, como se ha dicho, regresa. Se encuentra en Achaguas con Bolívar. Rige otra vez el destino nacional por breve lapso, y vuelve a su peregrinaje de Ashaverus trágico. La patria que Nariño había soñado, hecho posible, creado, lo acusa, lo ultraja, lo calumnia. Del congreso en donde se ha defendido como un león herido, se retira a reposar en un viejo pueblo. Allí le llega la muerte gradualmente y él la afronta gradualmente, día por día, hora por hora, con filosofía, con elegancia, con valor excepcionales. Nada más dramático y conturbador que aquella muerte de héroe, de patriota y de cristiano. Dejó en sus últimas palabras lapidarias, un testamento inmortal: "Amé a mi patria, cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo que legar a mis hijos sino mi recuerdo. A mi patria le dejo mis cenizas". Mostró en un reloj que tenía en la mano, que habían llegado las cinco. "Es tiempo", dijo. Hizo la señal de la cruz y se durmió en la noche.

Ninguna vida de hombre grande podría proponerse a la imitación de la juventud, como la de Antonio Nariño. Todas las excelsitudes del intelecto y del carácter la ornaron de dignidad y decoro trascendentes. Señalar en ella relámpagos de genio político, de grandeza moral, de superación humana, es tarea inspiradora; y hay la circunstancia de que, individuo cultivado, refinado y elocuente como era, sus actitudes revistieron, en la acción y en la palabra, sello imperecedero de perfección estética. Pero sobre toda otra consideración, la grandeza de Nariño reside en esa suerte de testaruda consagración de su vida a las deidades de la impopularidad, el infortunio y la derrota. A triunfar para sí contra todos, él prefirió tener razón para la patria contra todos. Y la razón de los hombres grandes es generalmente póstuma. Nada más tonificante, en esta feria de cortejadores del buen éxito, que son la vida y las filosofías modernas, que indicar a los jóvenes que el revés, la soledad, la desventura, pueden ser la culminación de una vida altamente pensada, hondamente sentida, bellamente vivida, plena de cualidades y satisfacciones superiores, interminablemente fructuosa en el servicio de Dios y de los hombres.